

Raúl Conde Peraza.

EL RAITE



Iba Óscar ansioso por llegar, con regalos. Las rectas se prestaban para pisarle al troque. Pensaba en el entusiasmo de sus niños por la esperada nochebuena. Un poco cansado, se detuvo a comprar un cafecito para espantar el sueño a sorbos. Cuando se subía al carro para agarrar camino otra vez, se le acercó una pareja joven con dos niños pidiéndole un aventón por el rumbo. Óscar se entretuvo brevemente en los ojos infantiles, muy tiernos, fijos en él. Recordó a sus hijos; y el intenso frío de la tarde, le hizo abrir la portezuela invitándolos a bordo.

Arrancó el tráiler por la autopista agarrando poco a poco, más y más aviada. Sin carga, subieron pronto las cuestas entre plática y plática. Los niños se habían dormido, uno sobre las piernas y el otro acurrucado bajo el sobaco de la madre que casi muda, asentía los asertos en la conversación que mantenía a Óscar sin sueño.

En la recta de la cumbre, se divisaban diversas luces a lo largo y al fondo con cierto afán navideño mientras el tráiler corría veloz y el frío, más crudo, se alcanzaba a colar en la cabina.

Se hizo un silencio; en su intervalo, Óscar pensó otra vez con deleite en la alegría que tendría ya mero al llegar, posó un instante su mirada en los niños dormidos, y casi en un remanso espiritual, atento al camino, preguntó dónde querrían que se detuviese para bajar. “Aquí” le dijo el hombre. Óscar se extrañó mucho por lo desolado que se veía el lugar, y más se sorprendió cuando volteó a ver al padre de los niños que le apuntaba con una pistola. “Es un asalto” le dijo, “Párate ya”. La mujer bajó la mirada apretujando a los niños. A Óscar lo invadió de súbito un sentimiento repulsivo y un tropel de pensamientos nítidos le relampagueaban en fuga. Tres segundos después tuvo la respuesta. Volteó a ver a los niños otra vez, y metió cambio al tráiler que venía corriendo al límite de lo permitido, preparando a su vez el motor para otro cambio, hundió el acelerador haciendo rugir la máquina y le dijo:

“Tú sabes, nos vamos todos. Jálale.” La mujer se estremeció en un gemido ahogado por la súplica incrustada en toda ella, mientras los niños se le apretujaban buscando su calor. “¡Párate ya cabrón o te va a llevar la chingada!” Tronó el tipo despertando a los niños que empezaron a llorar con azoro al percibir la tensión del momento, abrazaban a su mamá quien trataba de calmarlos sin poder. “Nos va a llevar” contestó Óscar al abrir la guantera y sacar una anforita de tequila dándole un trago. “No te ofrezco por gacho” le dijo con burla. “Mira en el pedo que nos metiste, a mí y a tu familia junto contigo, yo no me quería morir hoy, pero ni modo, tú traes la pistola, yo la lana, y fíjate que chistoso, de nada nos va a servir al rato que nos estrellemos por ahí.” El carro corría como nunca, Óscar, bebió un trago más con parsimonia, demostrando ir muy tranquilo, resignado, consciente. El tipo le encañonó la sien: “Párate ya güey...” “No, mejor jálale, ya estoy decidido, nos vamos todos mejor... Jálale ya”, contestó Óscar. El tipo bajó el arma y dijo: “Está bien, ahí muere, nos bajamos y tú te vas, no hay pedo, ya lo pensé bien.” “No, no puedo, ya no confío en ti... mejor jálale.” Repitió Óscar con aire distraído, como buscando algo a la vera del camino, justo donde había anclado una esperanza, y como si se hubiera ensayado, en perfecta sincronía con sus ideas, la patrulla del federal encendió sus códigos y arrancó lijando en pos del vehículo transgresor. En ese momento, quitó Óscar el pie del acelerador hilvanando los cambios a la inversa con la velocidad en declive, sintiendo un punto de alivio. “Todavía le puedes jalar, pero yo creo que ya no tiene caso.” Le dijo al tipo, “De todos modos, como le hagas, ya perdiste.”

Los niños, con ojos redondos, sin pestañear, con curiosa e insaciable mirada, bebían por necesidad cada detalle, cada matiz de su voz, de sus gestos, su accionar y figura aferrados como una sola pieza a su madre que, sollozaba destruida.

El tipo, demacrado, con voz tamizada exclamó: “Perdóname, en realidad no pensaba hacerte daño, sólo necesitaba algo de dinero... ¡Mira!... Ten... esta pistola no sirve más que para jugar, mírala... es un juguete... ¡Por favor!... Perdónanos, ya entendí...”

El carro se detuvo, Óscar oteó, vio al policía acercarse, volteó a ver a los niños imbuidos en su inocencia, pensó otra vez en los suyos, miró displicente al hombre y le dijo: “Tú empezaste el juego, apostaste y me hiciste apostar a huevo... perdiste... ahora paga... Yo no gané... ahora tengo que checarme la presión y el azúcar...”. Se oyó autoridad en la voz del federal requiriéndolos, casi fantasmagóricos, aparecieron ante él para ser escrutados mientras

las luces de la patrulla, como epílogo, hacían danzar aquellas sombras cansadas, en rítmica y lúgubre ironía, ajenas al espíritu navideño.

La Paz, Baja California Sur, marzo de 2007

